



*S. Degollado*

## D. SANTOS DEGOLLADO.

1810-1861.

I.

A fines del siglo XVIII desembarcó en el puerto de Veracruz un español que venía á la Nueva España en busca de mejor suerte que la que le deparaba la madre patria. Era probo, trabajador y de buena inteligencia.

Entonces Guanajuato tenía fama de ser una de las provincias en que se hacía fortuna en un cerrar y abrir de ojos.

¡La minería! ¿quién era pobre dedicándose al beneficio de metales? Y el extranjero partió hácia ese rumbo, con mucha esperanza y el firme propósito de que la voluntad no lo abandonaría para trabajar.

A la vuelta de algunos años era ya propietario de la Hacienda de Robles, en la cañada de Marfil. La constancia y hombría de bien aumentaron su capital. Pasó á ser rico y todo el mundo lo llamaba D. Jesús Santos Degollado. Tuvo una compañera, la Sra. María Ana, que parecía hacerlo feliz. Dos niños llegaron pronto á alegrar el hogar: Nemesio, el mayorcito, y Rafael.

Más tarde, el rico español veía caer sus negocios, antes prósperos, y descendía á la pobreza. Andaba por las calles de Guanajuato, socorrido por sus amigos, cuando lo sorprendió la muerte en la miseria.

El cura de Tacámbaro, D. Mariano Garrido, del Orden de San Agustín, antiguo capellán de un batallón y hermano del conocido fray Mucio, de Morelia, protegió á la señora Ana María Garrido de Degollado. Ahí estaba con Nemesio y Rafael.

Rafael, flemático, silencioso y retraído.

Nemesio, nervioso, irascible, raquítico y enclenque. Gracias á la bella forma de su letra, el cura lo tenía metido lo más del día en la vicaría, levantando actas de matrimonio y escribiendo fés de bautismo. D. Mariano les daba un trato muy duro á los dos niños. Exigente para con ellos, cualquiera acción era pretexto para descargar su ira. Casi á fuerza hizo que se casara Nemesio con la joven Ignacia Castañeda

Espinosa. (1) No contaban veinte años de edad.

Solía decir á su hijo Mariano:

—Cuando me casé tenía yo dieciocho años.

La pareja vivió al lado del sacerdote, quien, á pesar del cambio de estado de Nemesio, no modificaba su tratamiento insufrible.

Un día, aburrido el joven de que no era posible hacer llevadera aquella vida, se echó al hombro su capita de barragán y con una peseta en el bolsillo se fugó del hogar, dejando en Tacámbaro á su madre, á su hermano y á su esposa. Y tomó el camino de Morelia.

Al otro día al obscurecer llegó á la ciudad sin conocer á nadie, ni tener razón de nada. En una fonda, frente á la cárcel, pidió medio real de cena; en seguida dijo á la dueña del establecimiento:

—Señora, ¿me puede usted hacer favor de darme un lugar para dormir? Acabo de llegar, no conozco á nadie, no sé nada: es primera vez que vengo aquí.

La extrema bondad se le salía á la cara.

La señora se lo concedió sin vacilar.

Al otro día, destinó una pequeñísima parte del resto de su capital para comprar papel. Escribió, lo mejor que pudo, un pliego y se presentó en la notaría de D. Manuel Baldo vinos, situada en el portal de San José.

—Señor, esta es mi letra, ¿puede usted darme trabajo?

El notario vió de piés á cabeza al joven y luego paseó su mirada por el pliego, lleno de bonita, preciosa y clara letra.

—¿Esta es la letra de usted?

—Sí, señor, es mi letra—respondió humildemente Nemesio.

—Puede usted venir desde hoy mismo.

1. Hé aquí el acta de matrimonio de D. Santos Degollado, sacada del archivo del curato de Quiroga, Michoacán: "En catorce de Octubre de mil ochocientos veinte y ocho, Yo, el Presbítero Don Mariano Garrido, Teniente de Cura de este, casé y velé segun el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia, á Don Nemesio Santos Degollado, con Doña Ignacia Castañeda Espinosa, de este. Fueron sus padrinos, Don Rafael Degollado y Doña Rita Castañeda; Testigos, Don Antonio Torres y Don Paulino Mejía, y lo firmé.—Mariano Garrido una rúbrica.—Al margen, Don Nemesio Santos Degollado con Doña Ignacia Castañeda Espinosa de esté."

Y el fugitivo, muy pobre, sin más ropa que la que llevaba en el cuerpo, cubriéndose en la noche para dormir con la capita de barragán, comidas las mangas de la levita por el mucho apego á la mesa de la vicaría de Tacámbaro, y raídos los pantalones por el roce en la marcha, empezó á trabajar de escribiente en la notaría las mañanas, con el sueldo de cincuenta centavos diarios. Al poco tiempo, el Dr. José María Medina, juez hacedor de diezmos y visitador del diezmatorio, que hacía préstamos de dinero bajo hipoteca, se presentó en la notaría.

—¿Qué es de mi escritura, Baldovinos?

—Aquí está ya, curita.

El doctor, apenas la vió, dijo al notario:

—¿Quién ha escrito esto?

—Ahora lo verá usted, curita.

El señor Baldovinos condujo al cura más al interior del despacho y al estar frente al escritorio de Nemesio, le indicó:

—Aquí lo tiene usted.

—Cédame á este joven, Baldovinos.

Convencido el notario de que el doctor le impartiría protección decidida, dejó que cargara con él para su casa.

Tendría treinta pesos al mes, habitación y alimentos. La nueva casa estaba cerca del Seminario. Fué su trabajo el ser escribiente y profesor del niño Nicolás Medina, con el cuidado especial de perfeccionarlo en la forma de su letra. Siempre le llamó "Nicolacito," "mi querido muchachito;" porque era bueno, cariñoso y honrado como él.

El sacerdote, satisfecho de la vida del joven, á los dos años le dió un empleo de escribiente de la sección de glosa en la Haceduría de las rentas decimales, con la retribución anual de cuatrocientos pesos.

Allí se hizo idolatrar de los canónigos.

Entraba á las ocho de la mañana á la oficina y salía á las doce y media, y en vez de irse á paseo, se dedicaba al estudio: aprendía latín, griego, hebreo, francés, matemáticas, física, teología, y se enseñoreaba de todo por su aptitud universal.

El general Medina, que es un retrato fiel de las virtudes de Nemesio, me decía á propósito de su genio:

—A mí me hizo creer en la ciencia infusa.

Era contador de la Haceduría D. Luis Gutiérrez Correa, furibundo liberal á quien el clero quería por su intachable manejo y tener en la punta de los dedos los números. (1)

Distinguía al escribiente y procuraba que subiera escalón por escalón, para cederle su distinguido puesto.

Nemesio llegó á ser contador y mandó traer

1. Don Luis Gutiérrez Correa falleció en esta Capital, siendo empleado de la Administración de Correos.

á su esposa. Por las tardes, que le quedaban libres, proseguía dedicándose con ahínco á todo: hacía gimnasia para desarrollar el cuerpo; estableció un taller de carpintería en su casa y fabricaba bateas y gavetas; aprendió á tocar la flauta y la guitarra.

En el Colegio de San Nicolás dió un gran concierto, para ministrar recursos al organista de la catedral, un tal Elizaga, que se encontraba cesante y pobre.

Nemesio y Pedro Vergara ejecutaron á maravilla en la guitarra unas variaciones difíciles de Vivían.

Una vez, para que se vea de bulto su carácter, fué con Nicolás Medina, su íntimo é inolvidable amigo, á las fiestas de Tacámbaro.

Había corrida de toros.

Salió uno bravísimo, feroz, temible, que echó al suelo en un dos por tres al hombre que lo montaba.

—A mí no me tira—dijo Nemesio.

Y dicho y hecho: bajó al redondel así como estaba: elegante camisa bien aplanada, traje de color negro y sombrero alto.

Montó á la fiera, teniéndose firme con la presión que ejercía con los miembros inferiores.

El público parecía haberse vuelto loco al mirar al caballero bien montado y al animal hecho una furia, corcoveando, bramando, ya libre del lazo, sin poder echar al suelo al ginete que se sostenía sin pretal: aplaudía y gritaba desahoradamente.

El joven alcanzó una ovación inusitada.

Era tal la fuerza de Nemesio, que domaba un caballo con la presión de los muslos.

Morelia tenía noticias de su talento y erudición. Una vez lo invitaron del Seminario para que fuese á replicar en los exámenes de fin de año. El Gobierno del Estado notardó en conveniencia de la sabiduría del joven.

A él se debe la organización del Colegio de San Nicolás.

Los Sres. Luis Gutiérrez Correa, como jefe del partido liberal, Juan González Urueña, Juan Bautista y Gregorio Ceballos y Melchor Ocajupo, celebraban juntas secretas para discutir los medios mejores de derrocar al gobierno retrógrado. A ellas asistía Nemesio.

El general Ugarte lo redujo á prisión por andarse mezclando en la cosa pública.

Un día, indignado el gobierno santanista, lo encarceló en el cuartel, en compañía de un bandido muy valiente: Eustaquio Arias, quien adoraba á Nemesio.

Hubo vez que estando preso el bandido, engrillado, á la vista de una guardia, hizo que se pronunciara el Cuerpo Activo de Morelia: echó abajo las rejas de la prisión, salió á la calle todavía con los grilletos puestos, que se los des-

clavaron los mismos soldados en el instante que el general Ugarte intentaba reducir al orden á la tropa sublevada.

Dió por muerto á Ugarte y con la precipitación pasó sobre él, tomando el camino de Cuitzeo de la Laguna, para ir á defender las ideas liberales en Puruándiro.

Nemesio, en el torbellino de adversidades, no había olvidado el lugarcito aquel para dormir que, á su llegada de Tacámbaro, le había dado de tan buena voluntad en su fonda la Sra. Josefina Saavedra, ó como la llamaba todo el mundo, doña Pepa la Moreliana, á quien regaló seis mil pesos, años más tarde. (1)

Estrechado por las persecuciones de los santanistas, que no le daban punto de reposo, se alejó de la ciudad y de su familia, y estuvo distante de la que le dió el sér, de la Sra. Ana María Garrido, ó mejor dicho, Ana María Arcaute, su primitivo y verdadero apellido, que era de Roma.

El padre Garrido trajo á México á la Sra. Arcaute, para que se curara de una peligrosa enfermedad. En junta de médicos fué desahuciada, y falleció después de haber recibido los auxilios espirituales de propias manos de tres obispos.

## II.

Un día amaneció Morelia entera preguntándose por D. Nemesio Santos Degollado, por su querido gobernante en 1848 y 1857 que apenas tuvo tiempo para hacer bien y que había sido diputado á la asamblea departamental en 45, consejero de gobierno en 46 y diputado por elección unánime, al Congreso general, en 55.

Unos decían que había sido desterrado por Santa-Anna á la Villa del Armadillo, San Luis Potosí. Otros, que se encontraba en México en la casa de D. Valentín Gómez Farías, 2ª calle del Indio Triste, número 7, esquina á la de Montealegre. Otros, que se había lanzado á la revolución, á defender el plan de Ayutla.

Pero levantó cabeza y se le vió de cuerpo entero en Tunguitiro, hacienda de D. Epitacio Huerta, en Michoacán, lugar de cita de los liberales, donde se encontraban los coroneles Ghilardi, Pueblita y Huerta, el comandante de batallón Régules y el comandante de escuadrón Refugio I. González.

De día estaban con el arma al brazo, ordenando tomas de plazas ocupadas por los santanistas y haciendo más posible el triunfo del plan de Ayutla.

De noche, teniendo en mucha cuenta la mala

1 Al morir, no hace mucho, dejó de heredera á su hermana Rita, residente en Celaya, que pasó de pobre á rica según dice ella, por don Santitos, "que Dios lo haya hecho un Santo."

fe de las fuerzas de Pátzcuaro, se iban á dormir al cerro de Cirate, inaccesible por lo escarpado y perdedizo por lo nemoroso.

Haciendo expediciones de aquí para allá tomaron á Uruápan; por asalto á Puruándiro; los santanistas de la Piedad se rindieron.

De vuelta encontraron que Tinguitiro era presa del fuego. El enemigo estaba al frente en expectativa. Los soldados de los dos bandos, bien formados, sin avanzar un punto, se avisaron; pero no se hicieron nada.

Una noche pasaron bajo las ruinas.

La plaza de Puruándiro fué tomada por cincuenta hombres, á la cabeza del comandante Calderón, sin que lo supieran los jefes del sitio. Vieron venirse abajo una trinchera y pretendieron ganar tiempo para dar el asalto; pero un soldado del general Juan Nepomuceno Rocha, dijo:

—Señor, si ya están adentro.

—¿Quiénes?

—Pues nuestras tropas, jefe.

En Penjamillo se recibió carta de que se habían pronunciado en Zamora los señores Trejo y Miguel Negrete, acabados de ascender á tenientes, y que pedían pronto auxilio.

Degollado ordenó que el comandante Refugio I. González fuera con cuatrocientos caballos. Allí se encontró con que ya eran coroneles los tenientes de ayer.

Vagando, pero con muy buenas intenciones, D. Santos Degollado vino á parar en Cocula. El enemigo le dió una sorpresa. Durante el tiroteo se acuerda de que no se había despedido de la familia que le dió hospedaje; entonces le dijo al general Huerta:

—Procure usted detener al enemigo, mientras regreso. Voy á despedirme de la familia y á darle las gracias.

—Señor, nos ataca con ímpetu.

—Sostenga usted el fuego. ¡Cómo va á ser que nos vayamos así, sin decirle adiós!

—Ya lo tenemos encima.

—Voy á despedirme. No vaya á decir que soy ingrato.

Cuando estuvo de regreso, el general Huerta había perdido el brazo que hoy le falta.

Defendió el plan de Ayutla con una convicción apostólica, y llegó á ser gobernador de Jalisco en 1855.

Era su sueño dorado hacer la felicidad de su país y prácticas las leyes y la justicia, tales como debían ser en una forma de gobierno representativo popular. Decretó la abolición de las alcabalas.

Hizo efectiva la libertad de conciencia. Un grupo de jóvenes, entre ellos Cruz Aedo, Gómez, González, Contreras Medellín y los estudiantes Ireneo Paz y José María Vigil, predica-